

CAPÍTULO 30. CARTA N° 30.

Así, pues, esa era la razón de su largo silencio. Usted ha considerado una vez más la posibilidad de la publicación de estas cartas, da su *imprimatur* a la parte de la correspondencia que a mi corresponde, pero lo niega para sus propias misivas. ¡Sea, pues! ¡Y que Dios dé su bendición!

Usted tiene razón, ya va siendo hora de que empiece a ocuparme de una manera seria con el Ello. Pero la palabra no cambia, y por eso le ruego que se dé una vuelta alrededor de algunas de las muchas cosas que he escrito para verla desde todos los ángulos. Con esto adquirirá usted su opinión, y de esto es de lo que se trata, no de si la opinión es verdadera o falsa. Voy a esforzarme en ser objetivo.

En primer lugar tengo que hacerle una triste confesión. El Ello, tal como yo lo he supuesto, según mi opinión, no existe en realidad. Lo he producido yo artificialmente. Como yo me ocupo solamente del hombre, del hombre individual, y de él pienso ocuparme durante lo que me resta de vida, tengo que actuar como si existiesen seres individuales separados del todo, del Dios-Naturaleza, a quienes llamamos hombres. Tengo que actuar como si tales seres individuales estuviesen separados del resto del mundo como por una especie de espacio vacío, de modo que se enfrenten de una manera autónoma a las cosas que se hallan más allá de sus imaginadas fronteras. Llamo la atención sobre esto, querida amiga, porque más de una vez ha intentado usted inducirme a charlatanear sobre el alma del mundo, el panteísmo, el Dios-Naturaleza. No tengo la menor gana de hacerlo y declaro aquí solemnemente que de lo único que me ocupo es de lo que llamo el Ello del hombre. Y yo, en virtud de los poderes que me confiere el ser el autor de estas cartas, hago que el Ello comience con la fecundación. En qué momento precisamente del complejo proceso de fecundación, eso me es indiferente. Igualmente dejo a su arbitrio escoger uno de los momentos, de los muchos que acompañan el fenómeno de la muerte, para suponer el fin del Ello.

Como yo de antemano le doy a usted una falsificación consciente de mi hipótesis, tiene usted la plena libertad de encontrar en mis disertaciones tantos errores conscientes e inconscientes como usted quiera. Pero no olvide usted que este primer error, a saber, el considerar a cosas o individuos de naturaleza viva o inerte como separados del Todo, es un error inherente a todo humano pensamiento, y que todas nuestras declaraciones comportan esta deficiencia.

Y ahora aparece una dificultad. Esta unidad hipotética que constituye el Ello desde el momento de la fecundación consta en realidad de dos unidades, de dos Ellos, uno femenino y otro masculino. Y del hecho auténticamente desconcertante de que estas dos unidades que proceden del óvulo y del espermatozoide no son propiamente unidades, sino multiplicidades que provienen del tiempo de Adán y de los primeros animalitos, en los cuales lo masculino y lo femenino está muy embarullado, pero que, al parecer subsisten el uno frente al otro sin poder por eso mezclarse. Le ruego mantenga en su memoria que estos dos principios subsisten el uno frente al otro, y que no se confunden. Pues de aquí se sigue que el Ello de cada persona contiene al menos dos unidades que, de alguna manera, forman otra unidad superior, pero, de algún modo, son independientes entre sí.

No sé si en usted, como en otras mujeres -y hombres, naturalmente-, puedo suponer un desconocimiento total de lo poco que se cree saber acerca de la suerte que sigue el óvulo fecundado. Para mi objeto basta con que le diga que el óvulo, después de la fecundación, se divide en dos partes, en dos células, como gusta de llamar la ciencia a estos dos seres. Estas dos partes se dividen a su vez en cuatro, en ocho, en dieciséis células, y así sigue el proceso hasta que por fin aparece lo que comúnmente llamamos "hombre". Gracias a Dios no necesito entrar aquí en detalles. Me basta con llamar la atención sobre un hecho que es para mí muy importante, por más incomprensible que sigue aún siendo para mí. En ese pequeñísimo ser, en el óvulo

fecundado, hay un algo, un Ello, que está en condiciones de proceder a la división de las células a montones, de darle forma y funciones diferentes, de hacer de ellas piel, huesos, ojos, oídos, cerebro, etc. ¿Qué pasa, por todos los dioses, con este Ello en el momento de la partición? Sin duda que se divide él también a sí mismo, pues sabemos que cada célula individual tiene a su vez una individual posibilidad de existencia y una propia capacidad de dividirse. Pero, a la vez, algo común queda aparte, un Ello que une a las dos células e influye de alguna manera en su destino, lo mismo que ellas en el de él. A partir de estas consideraciones he debido decidirme a aceptar que, además del Ello individual de cada hombre, existe un número incalculable de Ellos que corresponden a las células individuales. Tenga usted la bondad de tener en cuenta que tanto el Ello de la individualidad completa del hombre como todos los Ellos de cada célula tienen a su vez un Ello masculino y un Ello femenino, además de los pequeñísimos Ellos de la herencia.

¡Por favor, no pierda usted la paciencia! No puedo evitar revolver un poco las cosas, cosas que al pensar y al decir cotidiano le son fáciles. Espero que algún dios propicio nos ayudará a salir de este zarzal en el que nos hemos enredado.

Por de pronto, la voy a enredar a usted aún más. Me da la impresión de que hay todavía más Ellos. Las células, a lo largo del desarrollo, se unen para formar tejidos, el tejido epitelial, el muscular, el nervioso, etc., y cada una de estas formaciones parece a su vez poseer un Ello propio que influye sobre el Ello de la totalidad, sobre los Ellos de las células y sobre los de los demás tejidos, a la vez que se deja influir por ellos en sus manifestaciones vitales. Y aún no es suficiente. Aparecen nuevas formas de Ellos en figura de órganos como el bazo, el hígado, el corazón, los riñones, los huesos, los músculos, el cerebro y la columna vertebral. Y luego se nos imponen otros Ellos en los diferentes sistemas orgánicos, es más, parece como si se formasen Ellos artificiales que llevan una vida extraña, aunque se podría suponer que se trata solo de apariencia y nombre. Así, por ejemplo, tengo que afirmar que hay un Ello para la parte superior del hombre y otro para su mitad inferior, uno para la derecha y otro para la izquierda, uno para el cuello o para la mano, otro para los espacios vacíos del cuerpo y otro para la superficie. Son seres de los que casi se podría suponer que se originan a través de pensamientos, palabras o acciones, que casi se podrían considerar como criaturas del tan loado entendimiento. ¡Pero no lo crea usted! Tal opinión procede del esfuerzo desesperado por entender algo de lo que pasa en el mundo. En cuanto uno empieza a querer cosas de este estilo hay algún sádico Ello oculto por ahí que nos juega una mala pasada y se muere de risa al ver nuestra presunción y nuestras ínfulas.

Le ruego que no olvide usted jamás, querida mía, que nuestro cerebro, y con él nuestro entendimiento, no es más que una criatura del Ello. Naturalmente, una criatura que a su vez opera creando, pero que empieza a operar relativamente tarde y su campo de acción está limitado. Mucho antes de que se origine el cerebro, piensa ya por sí mismo el Ello del hombre, piensa sin cerebro, se construye un cerebro. Esto es algo fundamental, algo que el hombre jamás debería dejar de la memoria, pero que, sin embargo, siempre olvida. En este supuesto, es decir, en el supuesto de que el hombre piensa con su cerebro -un supuesto que es, con seguridad, falso- se esconde la fuente de miles y miles de insensateces y, naturalmente, también la fuente de importantes descubrimientos e inventos, de todo lo que afea y hermosea a la vida.

¿Está usted satisfecha con el embrollo en que nos movemos? ¿O tengo todavía que contarle que, de continuo, caleidoscopicamente, se presentan nuevos Ellos como si acabasen de nacer? ¿Que hay Ellos de las funciones corporales, del comer, del beber, del respirar, del dormir, del andar? ¿Que hay un Ello de la pulmonía y del embarazo, y que de la profesión, de la edad, de la residencia, de las letrinas y los urinarios, de la cama, de la escuela, de la confirmación y el matrimonio, del arte y la costumbre, se forman esas extrañas cosas? Embrollo, un embrollo infinito. Nada es claro, todo es oscuro, un enredo inevitable.

¡Y a pesar de todo! Nosotros dominamos la situación. Entramos en medio de esta inundación y le construimos diques. Cogemos a esas potencias y las llevamos aquí y allá. Pues nosotros somos hombres y nuestro puño tiene poder. Nuestro puño ordena, clasifica, crea y lleva a buen término. Frente al Ello está el Yo, y sea lo que sea y se diga lo que se diga, para el hombre seguirá valiendo siempre la frase: Yo soy Yo.

No puede ser de otra manera, tenemos que imaginarnos que somos señores del Ello, de los muchos Ellos y del Ello de la totalidad, y hasta señores del carácter y las acciones de nuestros prójimos, de su vida, su salud y su muerte. En realidad no lo somos, pero es una necesidad de nuestra organización, de

nuestra humanidad, el creerlo. Nosotros vivimos, y, por el hecho de vivir, tenemos que creer que estamos en condiciones de poder educar a nuestros hijos, que hay causas y efectos, que, con libre voluntad, nos es dado dañarnos y sernos útiles a nosotros mismos. En realidad no sabemos nada sobre la verdadera conformación de las cosas, no podemos decidir con veinticuatro horas de antelación lo que en realidad vamos a hacer, y no tenemos el poder de hacer nada intencionadamente. Pero somos obligados por nuestro Ello a considerar sus acciones, sus sentimientos, sus pensamientos, como obra de nuestra actividad consciente, de nuestra intencionalidad, de nuestro yo. Solamente porque somos víctimas de un sempiterno error, porque somos ciegos y no sabemos lo más mínimo de nada, por eso podemos ser médicos y tratar a los enfermos.

No sé exactamente por qué le escribo a usted todas estas cosas. Posiblemente para disculparme de ser médico, a pesar de mi firme creencia en la omnipotencia del Ello; para disculparme de tener continuamente enfermos en tratamiento, a pesar del convencimiento de que hay una necesidad que gobierna todas mis acciones y pensamientos y que está fuera de los límites de mi conciencia; para disculparme de actuar ante mí y ante los demás como si yo mismo fuese el responsable del éxito o fracaso del tratamiento. La propiedad esencial del hombre es vanidad y sobrevaloración de sí mismo. Y yo no puedo quitarme este atributo, tengo que creer en mí y en mis obras.

En el fondo, todo lo que pasa en el hombre es obra del Ello. Y está bien así. Y está bien también que al menos una vez en la vida nos quedemos quietos y, en lo posible, nos ocupemos de considerar lo independientes que las cosas son de nuestro saber y poder. Para nosotros, los médicos, es esto de especial importancia. Y no para que aprendamos a ser modestos. ¿Qué íbamos a hacer con una virtud tan inhumana, tan extrahumana? La modestia es una virtud farisea. No, sino porque, en el caso contrario, corremos riesgo de ser unilaterales, de engañarnos a nosotros mismos o a nuestros enfermos diciendo que este o aquel tratamiento es el único correcto. Sonará absurdo, pero es verdad que cada tratamiento que se le dé al enfermo es el correcto, que es tratado siempre y en todas las circunstancias de una manera conveniente, bien sea un médico quien lo trate o un pastor con capacidades terapéuticas. El éxito no depende de lo que nosotros recetamos de acuerdo a nuestros conocimientos, sino de lo que el Ello del enfermo decida hacer con nuestras recetas. De no ser esto así tendrían que curar todas las fracturas de huesos que han sido bien colocadas y vendadas. Pero no es así. Si hubiese realmente tanta diferencia entre lo que hace un cirujano, un internista, un neurólogo o un curandero, entonces sí habría razón para gloriarse del éxito de las curas y para avergonzarse de los fracasos. Pero no hay razón para ello. Se hace, pero no hay razón para Ello.

Esta carta, me parece, ha sido escrita en un estado de ánimo muy particular. Y si sigo así, acabaré por ponerla a usted triste o por hacerla reír. Y ni lo uno ni lo otro es mi intención. Prefiero contarle cómo me pasé al psicoanálisis. Entonces comprenderá usted lo que he querido decir con todas estas cosas y se dará cuenta de las extrañas ideas que poseo referente a mi profesión y la manera de ejercerla.

En primer lugar, debo familiarizarla a usted con mi estado de ánimo por aquel entonces, estado de ánimo que se puede resumir con las palabras: estaba desprestigiado. Me sentía viejo, no me atraían ya ni los hombres ni las mujeres, estaba harto de mis *hobbies* y, sobre todo, se me había quitado el gusto por mis actividades médicas. Seguía curando sólo para ganar dinero. Estaba enfermo, de eso no tenía la menor duda; pero no sabía lo que me pasaba. Pocos años después me dijo uno de mis críticos médicos qué enfermedad tenía: estaba histérico. Un diagnóstico de cuya exactitud estoy tanto más convencido cuanto que lo estableció sin conocerme personalmente y como consecuencia de la impresión que daban mis escritos. Los síntomas debían, pues, haber sido muy claros. En aquel entonces acepté el tratamiento de una señora muy enferma. Ello me obligó a pasar al análisis.

Usted permitirá que me adentre por la historia de esta enfermedad. No lo hago con gusto, pues desgraciadamente no me fue posible curarla del todo, aun cuando a lo largo de los catorce años que hace que la conozco y la trato se ha puesto más sana de lo que ella jamás se había atrevido a pensar. Pero para darle a usted la seguridad de que se trataba de una enfermedad “orgánica” real y sólida y no solamente de una enfermedad “imaginaria”, como la histeria que yo padecía, he de decirle que, en los últimos años, había sido sometida a dos graves operaciones quirúrgicas y me fue entregada como condenada a muerte, con no poca cantidad de escopolamina, digital y otros venenos.

Al principio no fue nada fácil nuestro contacto. No me sorprendió que a mis exámenes, un tanto violentos, reaccionase con copiosas hemorragias en el útero y en el recto, pues tales reacciones las había yo observado con otros pacientes a menudo. Lo que me sorprendió fue que, a pesar de su inteligencia nada común, disponía de un vocabulario irrisoriamente limitado. Para la mayoría de los objetos que utilizaba se valía de descripciones, de modo que, por ejemplo, en lugar de decir armario, decía cosa para la ropa, o en lugar de decir tubo de la estufa, decía instalación para el humo. A la vez no era capaz de soportar determinados movimientos, como tirar de los labios o jugar con los flecos de alguna silla. Determinados objetos que nos resultan de necesidad diaria estaban desterrados del cuarto de la enferma.

Cuando ahora pienso en el síndrome de aquella mujer tal como en aquel entonces era, me resulta a mí mismo difícil creer que hubo una época en la cual no entendía nada de todo aquello. Y sin embargo es cierto. Eso sí, me di cuenta de que en mi enferma se daba una mezcla de así llamados síntomas orgánicos y psíquicos, pero no sabía como se habían llegado a formar ni como podía ayudar a mi paciente. Sólo una cosa me resultó clara desde el principio, a saber, que entre mí y la enferma existía una misteriosa relación que hacía que la enferma tuviese confianza en su médico. Entonces no conocía aún el concepto de transferencia, pero me alegraba de la aparente sugestibilidad del objeto de tratamiento y la seguí medicando como acostumbraba hacerlo. La primera vez que la visité conseguí ya un éxito bastante grande. Hasta el presente la enferma se había siempre negado a tratar sola con un médico; exigía que estuviese siempre presente la enfermera de más edad, y así, sólo era posible entenderse a través de la enfermera. De un modo extraño aceptó inmediatamente mi propuesta de recibirme sola la próxima vez. Recién más tarde me di cuenta de que esto se debía a la clase de transferencia de que se trataba. La señorita G. veía en mí a su madre.

Aquí debo hacer una anotación sobre el Ello del médico. Yo tenía entonces la costumbre de imponer con absoluta severidad las pocas disposiciones que daba y llevarlas a efecto sin consideraciones ni miedos. Solía decir: “Antes morir que no cumplir alguna de mis disposiciones”, y lo decía en serio. He tenido enfermos del estómago que, después de determinadas comidas, sufrían dolores o vómitos. Pues bien, les daba por tanto tiempo esas comidas hasta que aprendían a tolerarlas. A otros que, presos de artritis o de flebitis, no se podían mover de la cama, los obligaba a levantarse y a andar. He tratado enfermos de apoplejía a quienes les he hecho doblarse y encorvarse todos los días. He cogido personas, de las que sabía que iban a durar pocas horas, las he hecho vestir y luego sacado conmigo a pasear. Una de ellas cayó muerta a la puerta de la casa. Esta manera de aplicar la sugestión de una manera autoritaria, infalible, paternal, como un padre fuerte y bueno, la conocía ya de mi padre, la aprendí con el mayor maestro de lo que es el arte de ser médico a lo padre, de Schweninger, y en buena parte, lo traía yo también de nacimiento. En el caso de la señorita G. todo tomó otros derroteros, y esto de antemano. La actitud que adoptó ante mí, la actitud de un niño -y de un niño de tres años, como resultó ser después-, me obligó a mí a adoptar el papel de la madre. Este paciente despertó en mi Ello fuerzas maternas que estaban adormecidas y que dieron una dirección a mi comportamiento. Más tarde, cuando me puse a examinar atentamente mi propio comportamiento médico, resultó que tales enigmáticos influjos me habían colocado ya antes dentro de papeles que no eran precisamente paternos, aun cuando consciente y teóricamente estaba convencido de que el médico debe ser padre y amigo, debe dominar.

Así, pues, me encontraba de repente ante la extraña realidad de que no trataba yo al enfermo, sino que el enfermo me trataba a mí. O, traduciéndolo a mi lenguaje: el Ello del prójimo trata de transformar mi Ello de tal manera, y lo transforma de hecho, que le resultase útil para sus fines.

Fue incluso difícil llegar a este conocimiento. Pues usted puede comprender que, con ello, se le dio vuelta totalmente a mi relación con el paciente. Ya no se trataba de darle prescripciones, de recetarle lo que yo consideraba correcto, sino más bien de convertirme en lo que el enfermo necesitaba que fuese. Pero del conocimiento a la puesta en práctica de las consecuencias que del conocimiento se derivan hay un gran trecho. Usted misma ha podido observar este camino, lo ha podido ver; ha podido ver cómo yo pasé de ser un médico activo y que intervenía en todo, a ser un instrumento adaptado a cada caso. Usted me ha criticado a menudo y me sigue criticando por eso, me apremia siempre de nuevo a que aconseje aquí, intervenga allá y ayude dirigiendo y dando órdenes en el otro sitio. ¡Si quisiese usted dejarme en paz! Estoy irremisiblemente

perdido para esa actividad; evito dar el menor consejo, me esfuerzo por eliminar toda clase de resistencia de mi Ello al Ello del enfermo, me siento dichoso, veo éxitos y yo mismo me he curado. Si algo lamento es el hecho de que el camino que sigo es ancho y cómodo, de modo que, por pura curiosidad e indomable soberbia, me aparto de él, me meto por pantanos y barrancos y acabo por procurar daño y trabajo a mí y a mis pacientes. Me da la impresión de cómo si lo más difícil de la vida fuese precisamente el dejarse ir, el escuchar las voces del Ello de uno mismo y del prójimo y seguirlas. Pero no merece la pena. Poco a poco se convierte uno de nuevo en niño y, como usted sabe: si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Habría que acabar con el deseo de ser mayor a los veinticinco años. Hasta esta edad es necesario para crecer, pero después se precisa sólo en casos contados para procurar la erección. El no ocultarse a sí mismo ni a los demás el que uno se ha puesto lacio, se ha relajado, que su miembro está flácido, esto sería lo importante. Pero nosotros somos como aquellos lansquenets con el falo de madera de que le hablé.

Y por hoy basta. Hace tiempo que siento la necesidad de oír de sus labios su juicio acerca de lo que yo he avanzado en esto de volverme niño, en esto del desyoimiento. Yo mismo tengo la sensación de que recién me encuentro al comienzo de ese proceso que mayormente llaman envejecer y que a mí se me antoja como una vuelta a la niñez. Pero me puedo equivocar. Las palabras airadas de un enfermo que, después de dos años de separación, me dijo: “Usted ha empezado a andar bien psíquicamente”, me han dado algo más de confianza. Por favor, dígame usted lo que piensa a este su fiel.

PATRIK TROLL

Volver News-3 ALSF